

Los viajes a las Indias: el descubrimiento de las palabras

Teresa GIL GARCÍA

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Este trabajo ilustra el proceso de adquisición de neologismos referentes a las realidades del Nuevo Mundo incorporadas a las lenguas italiana y española en el siglo XVI. Como ejemplo significativo, se cita el recorrido lingüístico de los términos *caimán* y *tiburón*.

Palabras Clave: Descubrimientos, Cristóbal de Acosta, Préstamos lingüísticos, Préstamos de Necesidad.

ABSTRACT

This work explains the acquisition process of neologism referred to the New World realities, incorporated to the Italian and Spanish languages during the XVIth century. As a significant example, it shows the route of the words *caimán* and *tiburón*.

Key words: Discoveries, Cristóbal de Acosta, Linguistic Loans.

La hazaña del descubrimiento de las Indias fue celebrada por uno de sus primeros cronistas, López de Gomara, como «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó»¹. Debió de ser así, pues si el mundo ya había sido creado, si todas las tierras y las aguas estaban bien puestas sobre la esfera redonda que incansablemente giraba sobre su eje desde hacía sólo unas décadas, los aventurados viajeros no tendrían otra tarea que referir con palabras que allí estaba. Este es el verdadero descubrimiento de un *nuevo mundo*, la mayor gesta de nuestros antepasados. Y así puede ser, pues el 12 de Octubre de 1492, cuando Colón arriba a la pequeña isla de Guanahaní y le da el nombre muy cristiano de San Salvador, un gesto tan ingenuo como un bautismo abre una perspectiva infinita para nuestra cultura occidental, desde diferentes puntos de vista.

Sabían muy bien los que surcaban mares desconocidos que las costas suponían también fronteras naturales de las lenguas, por lo que desde los primeros viajes se

¹ Francisco López de Gomara, *Historia General de la Indias*, en <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/Sirveobras/403>.

hicieron acompañar de expertos traductores. A Colón le ayudaron Rodrigo de Jerez, que había estado por Guinea y conocía las lenguas de esta parte de África, y Luis de Torres, judío converso sabedor de algunas semíticas. De suerte que con nuestro castellano y algunos dialectos peninsulares hablados por los tripulantes; más el italiano, y añadiendo el francés de los más viajados, tenemos un panorama lingüístico nada desdeñable: lenguas de tres familias, por si alguna de las nuevas descubiertas se hubiera de parecer. La elección de estos intérpretes o *lenguas*, como se les denominaba entonces, se justificaba por la teoría del origen bíblico de las lenguas conocidas, que todos los especialistas en estos asuntos defendieron, excepto algún raro ejemplo de cierta clarividencia, hasta la época de los Ilustrados. En la España del siglo XV, la arqueología teológica de la humanidad tenía su mejor representante en la obra de Pablo de Santa María, *Las siete edades del Mundo o Edades trovadas*².

Y aunque se encontraron en una situación semejante a lo que podría hacerles imaginar Babel, tampoco les debió parecer un gran problema, pues con mucha sensatez solucionaron la cuestión con el lenguaje de las señas, la lengua de las manos, más universal y casi tan expresiva como las mismas palabras: «Las manos les servían aquí de lengua», nos confiesa el cronista Padre las Casas³.

Toda preocupación por entender y hacerse entender ante los desconocidos, es prueba de su convencimiento de que el lenguaje es parte inescindible de la condición de hombres civilizados: por la palabra se conocen las cosas, se reconocen y nos ocupamos de ellas para bien de todos. Y si los primeros historiadores lo llamaron *nuevo mundo* era por haber advertido que contenía precisamente realidades muy diferentes de las que conocían, que debían contar, pues sólo lo que merece la pena ser contado tiene su parcela de realidad y de admiración. Así que las experiencias del contacto con lo desconocido, con unas fuerzas casi sobrehumanas que apasionan, les conmueven y les impulsan a escribir.

Si el mundo se conoce a través de lo que de él se dice, las palabras se convierten entonces en un instrumento de placer al servicio de la generosidad, inteligencia y buen hacer de los esforzados viajeros. De este modo, el viaje se vuelve un bien útil, siendo además una buena compensación para aquellos que habían corrido tantos peligros la satisfacción de ser escuchados. El resultado de sus esfuerzos es una escritura que además opone el poder de los conocimientos prácticos a la banalidad de los conocimientos librescos.

El momento histórico también coincidía con una situación lingüística particular: es una época en que las lenguas vulgares se estaban consolidando en parcelas de conocimiento científico a las que tradicionalmente estaban reservadas las lenguas clásicas. Nos encontramos en una etapa en que la cultura no implicaba obligatoriamente ya su adscripción a la expresión latina. Entonces el latín se rechazaba por haberse superado la tesis medieval que lo identificaba con la autoridad y las

² Juan Carlos Conde, Edición electrónica de *Las Siete Edades del Mundo* de Pablo de Santa María, <http://www.uv.es/~lemir/textos/Conde/index.html>

³ www.iberolenguas.com/mundo_amer/amerindio.htm

lenguas occidentales pasarán a asumir con plenitud de derecho la dignidad y la capacidad de expresar cualquier aspecto de la realidad circundante. Así que el acercamiento a la cultura clásica se conseguía a través de las versiones de obras latinas o griegas lo que facilitaba la asimilación de una tradición científica y técnica consolidada y prestigiosa. Desde esta perspectiva, todo el siglo XV y el XVI suponen la fijación y el ennoblecimiento de los idiomas nacionales a través de la incorporación de términos que siendo comprensibles a los hablantes van a permitir la elaboración de códigos elaborados. La entrada de palabras procedentes de diferentes lenguas y la acuñación de neologismos allá donde se hubieran de necesitar, contribuyó a la formación de una tradición lingüística y cultural en toda Europa de la que hoy incluso nos sentimos deudores. Y esta ampliación del léxico favorece la creación de una terminología técnica que procura el enriquecimiento de los países desde todo punto de vista, científico y económico⁴. Junto a estas prácticas divulgativas, las novedades que iban surgiendo en nuestro Imperio español, en las Indias Orientales y Occidentales, se difundirán por escrito fuera de nuestras amplias fronteras, con la peculiaridad de que aun siendo un tema tan nuestro, tan profundamente autóctono, por ser una empresa de la Corona y por tanto connotado por una ideología casi providencial, es sensible a todo tipo de influencias extranjeras.

El beneficio de la imprenta también deja huella en esta experiencia lingüística del refinado mundo humanístico, muy exigente por lo demás con las mencionadas experiencias comunicativas que los nuevos tiempos imponían. No es de extrañar, por tanto, que los textos de mayor difusión sean aquellos que tratan asuntos de carácter científico. Y que las mismas cuotas las alcancen los que informan de los descubrimientos geográficos, los viajes, la descripción de los territorios explorados, sus paisajes, su flora y su fauna. Todo esto interesa sobremanera en Europa, porque los grandes descubrimientos van a trastocar la imagen que hasta el momento tenían sus habitantes del mundo⁵.

En otro orden de cosas, el resultado final de este proceso se puede juzgar desde un ámbito extralingüístico, con connotaciones políticas muy evidentes, pues el halo de prestigio que puede desprenderse de la acuñación de nuevos términos y la

⁴ En la historia de las lenguas románicas es muy importante la contribución de las traducciones a la consolidación de los distintos idiomas nacionales. En su perspectiva humanística, el interés por los asuntos lingüísticos se focaliza en el ennoblecimiento de la función comunicativa a través de la incorporación de tecnicismos. A través de las llamadas vulgarizaciones y traducciones se incorporan conceptos de otros ámbitos culturales ligados a palabras que exigen su incorporación inmediata a la lengua de llegada, pues proceden de tradiciones científicas más ricas. La conclusión es que la actividad traductora es la piedra basal en la formación de nuevas perspectivas lingüísticas y culturales europeas. La presencia de términos que pasan de una lengua a otra es abundantísima y puede rastrearse con los diccionarios históricos y etimológicos de todas las lenguas.

⁵ Los editores ponen además especial interés de proveerse de todo tipo de subsidios técnicos y lingüísticos. Los tipos de imprenta, por ejemplo, se regularizan para facilitar la lectura a un público poco acostumbrado y para dignificar todo tipo de asuntos tratados. Es interesante en este tema el trabajo de dos investigadoras francesas: Bloc-Duraffour y Lazard S. (1996): «Standardisation de la typographie à Venise au cours des XVIe. et XVIIe. siècles» en Tavoni, M. (a c. di), *Italia ed Europa nella linguistica del Rinascimento: Confronti e relazioni*. Atti del Convegno internazionale di Ferrara, Palazzo Paradiso, 20-24 marzo 1991, Ferrara, Franco Cosimo Ed. pp. 267-287.

fijación de códigos elaborados con el contributo de tecnicismos generalizados, no es cuestión para nada desdeñable en el intento de socializar, «europeizar» mejor, el producto resultante. En el siglo XVI también comenzaron a circular por Europa las obras de materia médica tradicional griega y romana, recuperadas y puestas al día por el humanismo científico. En español y en otras lenguas se vulgariza un texto tan fundamental y tan influyente como el célebre Dioscórides, mencionado incluso por Don Quijote, que será un verdadero semillero de tecnicismos «viajeros» por allí donde se necesiten⁶. Las distintas versiones europeas del texto griego del siglo V incluyen muchas referencias a los productos americanos.

Los cronistas de los viajes, los comentaristas, los traductores tenían que aplicarse con interés y rapidez a identificar tanta novedad. Su tarea era la de observar, describir y detallar minuciosamente lo visto para que todos los receptores del viejo mundo lo entendieran, comparándolo con aquello que conocían o con lo que podían hallar escrito en otras fuentes, pues los elementos de la naturaleza, tal como pensaban, eran muy parecidos y por tanto fáciles de confundir unos con otros; y había que ponerles un nombre. Tales denominaciones a su vez van a pasar a las lenguas de cultura europeas tamizadas por el filtro prosódico de nuestro español, sin que pierdan por ello un ápice de la sugestividad fónica de su lengua original⁷, así nos han quedado las bellas y sonoras palabras de los nahuas por ejemplo, que nos suenan tan bien y nos gustan tanto: chocolate, aguacate, tomate. De los seres animados, de las plantas, flores y frutos, de cualquier objeto o producto indígena, los textos de los viajeros más observadores ofrecían mucha información. Se había descubierto un nuevo continente y con ello se despertó una elocuencia insospechada, pues no sólo pusieron en marcha el motor de su imaginación para practicar sobre los procedimientos de creación o adaptación de voces nuevas sino que además quedaron cautivos, entusiasmados ante la sagacidad oratoria de los Indios. Y ya nos imaginamos qué lugar ocupó la elocuencia de una Malinche en la conquista de Méjico; en todas las crónicas se advierte del papel que desempeña la palabra en la sociedad «salvaje», a la que también éramos sensibles los europeos «civilizados». Pero esto es otro asunto.

Voy a dar dos ejemplos preciosos que aparecen por primera vez en nuestras dos lenguas, el español y el italiano, a través de un texto muy interesante, la obra de Cristóbal de Acosta, y su excelente traducción anónima al italiano: *caimán y tiburón*⁸.

⁶ Quizá la obra de Dioscórides sea la más famosa de las versiones en su época. Fue vertida al español por el Doctor Laguna, de quien Don Quijote, siempre atento lector de las novedades de su época, ensalzaba sus minuciosas descripciones de hierbas y venenos. Véase, Laguna, A. <1555> (1968): Pedacio Dioscórides Anazarbeo, *Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos*. Facsímil de la edición de 1955 del Instituto de España, Madrid.

⁷ El ensayo de Gianluigi Beccaria (1968): *Spagnolo e spagnoli in Italia. Riflessi linguistici sulla lingua italiana del Cinque e del Seicento*, Torino, Giappicchelli es todo un clásico sobre los hispanismos en italiano. Pasa revista a todo tipo de textos en los que se advierte un flujo constante de voces españolas.

⁸ Acosta, C. (1578): *Tractado de las Drogas y medicinas de las Indias Orientales, con sus Plantas debuxadas al biuo por Christoual acosta medico y cirujano que la vio ocularmente*. Burgos. Y la traducción anónima al italiano: Acosta, C. (1585): *Trattato di Christoforo Acosta Africano Medico & Chirurgo*

Caimán aparece documentado por primera vez en italiano en esta versión. Claro está, el lector no entendería el término si no viniera explicado por un sinónimo, *crocodilo* y una glosa hiperbólica: «i quali sono lacertoni molto grandi & crudeli che assaltano molte e diuerse volte le barche piccole»⁹. El propósito de la sinonimia en estos primeros textos no es la simple *variatio* léxica, sino que obedece a la sustitución circunstancial de un término desconocido por otro más o menos equivalente. Esta forma de explicación de una palabra se completa con un procedimiento verbal más retórico, una hipérbole, que quiere generar asombro, maravilla, pues presenta una imagen exagerada de la realidad incluso, con el fin de provocar en el lector una cierta emotividad ante palabras tan tremendas, *lacertoni*, *lagartones*, y en su empleo sólo queda en pie lo descomunal y aterrador, dejando en la sombra el contenido nocional. De esta manera se suple ventajosamente la impresión anodina y descolorida que causarían la presencia en la página escrita de la simple y llana incorporación del término original. El lector se quedaría, simplemente, indiferente.

En cambio, en el texto original en el supuesto castellano del botánico Acosta encontramos, *caymoin* que es el calco de la forma portuguesa. La presencia de este xenismo puede justificar la intuición del autor de que nuestra lengua castellana no dispone de la voz necesaria para el caso. En definitiva, esto es lo que sucede siempre en la incorporación de cultismos procedentes de otros idiomas; aunque a medida que se van añadiendo palabras extranjeras allí donde se necesiten, estos motivos ya no se pueden justificar llanamente y las voces extranjeras por extrañas se van borrando con la adecuación a la estructura fónica de la lengua de acogida. Así que en este caso, nos encontramos secillamente con un *hapax*, como tantas veces en estas primeras Relaciones desde la Indias¹⁰.

La historia de *tiburón* es también llamativa. En primer lugar aparece en la historia de la lengua española como topónimo *Cabo del Tiburón* en la isla de la Española, y años más tarde el padre Las Casas define unos peces «de hechura de cazones... que los indios llaman tiburones». De la fortuna de este término en Europa podemos contar con la inestimable presencia en el texto de Antonio Pigafetta *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*¹¹ y desde entonces y hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XVII, *tiburone* o *tuberone* aparecen como *emprunt de traduction* en las numerosas versiones italianas que se hacían de obras históricas

della Historia, natura e virtu delle Droghe Medicinali, & altri Semplici rarissimi, che vengono portati dalle Indie Orientali in Europa, con el figure delle Piante ritratte, & disegnate dal viuio poste a' luoghi propij. Nuovamente recto dalla Spagnuola nella nostra Lingua. In Venetia, presso à Francesco Ziletti. En el mes de mayo de 2000, en las Jornadas Nacionales de Traducción celebradas en León presenté un estudio sobre un caso paradigmático de traducción científica en el siglo XVI, que es precisamente la anónima de Acosta, texto famoso y de gran interés en la historia de la lengua italiana. Por distintos imponderables, no se va a poder contar con las Actas de esta reunión.

⁹ Cristóbal de Acosta (1585: 225).

¹⁰ Cristóbal de Acosta (1578: 297).

¹¹ Pigafetta A. <1523> (1928): *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*, en *Viaggi e scoperte dei navigatori e esploratori italiani*, edición de Camillo Manfroni, Milano. Existe también la traducción española del texto en Pigafetta, A. (1999): *Primer viaje en torno al globo*, Madrid, Espasa-Calpe.

españolas sobre el Descubrimiento. El diccionario Tommaseo-Bellini del siglo XIX, lo encuentra ya un término anticuado. El caso es que, por obra de los italianos también apareció en textos franceses, ingleses e incluso alemanes, aunque aquí triunfaron las denominaciones autóctonas, más expresivas.

En relación a estos dos seres, también habría que reconocer el efecto producido en los lectores, que se dejan seducir por la atracción fatal de lo fabuloso, las fuerzas y los elementos de la naturaleza que no pueden controlar por su evidente fragilidad humana. El origen americano, exótico y fascinante de la denominación de estos *bichos* pasa a nuestra lengua a través del portugués, como su hiperónimo, y la simple alusión a su existencia estremece porque es causa de males. Así que, jugando con las hipérbolos, también podemos recurrir a ellos con la secreta esperanza de que condensarán toda la maldad que queramos encontrar en nuestros enemigos: es un *tiburón*. La metáfora no la hemos inventado nosotros *hic et nunc* para recordar a los que resuelven con éxito las finanzas de otros, también se le ocurrió a Tirso de Molina, con el mismo efecto perverso: *¿hay Sacripante, hay Brunello; ¡hay tiburón, hay caimán! más asqueroso y más fiero?*¹²

Con los nuevos términos acuñados más tarde pasarán a difundirse conocimientos, imágenes e ideas que con mayor o menor fortuna se irán imponiendo en la cultura general europea. Las lecciones que nos llegaban desde las Indias suponen también nuestra particular colonización en el campo de la ciencia y de la técnica, precisamente en este momento en que había entrado en crisis el concepto de infabilidad del saber, y se percibían nuevas perspectivas en el conocimiento. A lo evidente le favorece también la tremenda fascinación que produce lo exótico por desconocido, pues es contemplado como fenómeno existente por derecho propio y de obligada asimilación.

Las páginas escritas originales o las traducciones que dan cuenta de lo que está aconteciendo propiciarán además la organización de unas estructuras lingüísticas más aptas para la comunciación general y más adecuadas a los asuntos científicos que interesaban especialmente. No obstante, los españoles y los portugueses, que fueron los que llevaron el peso efectivo de los viajes y exploraciones, no se beneficiaron tanto como el resto de los europeos, franceses o italianos, de las consecuencias culturales de esta empresa pues no estuvieron siempre atentos a conseguir los beneficios naturales de la difusión de la información, o a saber transmitirla como las estructuras del imaginario colectivo renacentista exigían.

Lo que sí está claro es que imperceptiblemente nuestras lenguas europeas se van haciendo más hospitalarias en el sentido de que acogen términos que incrementan su patrimonio léxico y con ello generan riqueza de pensamiento. Por esto, el descubrimiento y la colonización de las Indias no es sólo un acontecimiento político o económico: precisamente, en el mismo momento en que el saber clásico se estaba reduciendo a volver a contar lo mismo en otra lengua, y habían entrado en crisis los asertos teóricos que sustentaban los saberes tradicionales, toda Europa se

¹² Damos también en este caso la referencia electrónica del texto *La celosa de sí misma*: <http://www.coh.arizona.edu/spanish/comedia/tirso/celosa1b.html>

mostró admirada y entusiasta en responder a la experiencia del Nuevo Mundo, dispuesta a aprender¹³.

De importancia decisiva fue también toda la materia en temas de botánica, dejando al margen los productos de procedencia mineral o animal, que vinieron a revolucionar las prácticas sanatorias, a decir de los expertos. A este campo se le prestó una atención especial pues una de las consecuencias generosas del descubrimiento fue también la incorporación a la historia de la medicina occidental de remedios y curas a base de plantas y de drogas, a veces incluso venenos, que otras culturas aplicaban a los enfermos.

A nosotros ahora y desde un punto de vista filológico nos interesa observar cómo son aceptados los nombres de las plantas, árboles, frutos y resinas en uno de sus tratados más célebres, y en estos textos científicos nos va a sorprender el avance que supone también el tratamiento de la terminología: en general, los préstamos se incorporan sin problemas porque la lengua de llegada no es suficientemente rica en denominaciones, aunque para ello hace falta aplicar un criterio flexible y permisivo en las nuevas entradas: si van acompañadas de una pequeña descripción que la justifique, el neologismo se acoge rápidamente como complemento al vocabulario patrimonial¹⁴.

Daremos también algunos ejemplos de plantas descritas en el texto anteriormente mencionado. Las descripciones van también acompañadas de un dibujo y de unas glosas explicativas para mejor reconocimiento. Así *ananas* se pinta como «del tamaño de un melón teñido de un colorado hermoso y apacible, todo separado en partes como la Nuez del Ciprés cuando está seca: y muestra por la haz primera unas esquinas que de lejos parece una grana de piña¹⁵. Ya sabemos también por qué la llamamos así en español, y no con el término de origen guaraní que se difundió en toda Europa. En Italia, a la traducción de Acosta se le adelantaron en dos años las Cartas de Sasseti¹⁶.

Y la *moringa*, descrita tanto en el texto castellano como en la anónima traducción a través de una comparación con un arbusto «de la altura de un lentisco, con el cual se parecen las hojas mucho»¹⁷. Según los expertos en Botánica, la planta se denomina también en castellano *ben*, *behel*, *fríjol de Maluco o palo jeringa*, aunque *moringa* no siendo palabra nuestra patrimonial es la que ha triunfado fuera de nuestras fronteras desde el tamil original hasta el italiano, el francés y el inglés.

¹³ José Luis Freguet Fabrer, «Los incios de la asimilación de la materia médica americana en la terapia europea» en *Viejo y nuevo continente: la medicina en el encuentro de dos mundos*, Madrid, Saned, 1992, p. 281.

¹⁴ Véase Maillot, G. (1997): *La traducción de textos científicos*, Madrid, Gredos.

¹⁵ Acosta (1578: 350).

¹⁶ Con motivo del centenario del Descubrimiento de América se publicaron numerosos ensayos sobre la gesta y la repercusión en toda Europa. De las obras originales que tratan acerca de la conquista destacamos por su importancia en la historia de la lengua italiana los textos de Pigafetta, al que nos hemos referido anteriormente, el de Benzoni G. (1565): *La historia del Mondo Nuovo*. Venezia, y la de Sasseti F. <1583> (1855): *Lettere*, Ed. de E. Marcucci, Florencia.

¹⁷ Acosta (1557: 344)

Así que el grupo de términos más valorado en las lenguas es aquel que podríamos denominar *préstamos de necesidad*. Son palabras que tardarán algún tiempo en aclimatarse al idioma de acogida pero van a constituir un componente importante en el léxico técnico de la época. Y en este sentido, es increíble la facilidad que demuestran los autores de estas relaciones para pasar de una lengua a otra sin que se perciba ningún extrañamiento. Y más sorprende incluso el desparpajo de los traductores en estos trasvases. Aquí destacan los italianos, pues su privilegiada vida cultural será la llave de paso de los americanismos al resto de lenguas europeas.

Claro está que los europeos «descubrieron» nuevos continentes, si bien en esta afirmación percibimos que la historia de la humanidad la identificamos con nuestra propia historia, por tanto «descubrir» para nosotros significa que lo ocurrido a los demás, que también existen por cierto, sólo adquiere realidad a través de lo nuestro, porque nosotros tuvimos la suerte de visitar y conocer estos parajes y de ellos hemos obtenido unas grandes ventajas. La conclusión de todo esto es que el descubrimiento como asunto intelectual que es, alcanza mayor gloria cuanto mejor comprendan y más entusiasmo demuestren los lectores ante los relatos de las proezas más asombrosas, de las descripciones de los lugares más maravillosos, de las plantas y los animales más fabulosos; en fin, de los pueblos más exóticos. El mismo europeo ve también más satisfecha su curiosidad cuando percibe un cierto perspectivismo en el tratamiento de estas cuestiones y encuentra en lo escrito un universo cercano sensible a la ideología renacentista que comparte, más lúcida, más abierta a un espíritu tolerante y generoso. Los mejores cronistas son también los que mejor entienden este *mundo nuevo* y son capaces de satisfacer los gustos del receptor ofreciéndole la elaboración poética que todo asunto del lenguaje agradece: la verdad del mundo nuevo a través del buen uso de las palabras en forma de guiño a unos lectores impacientes.

Si después se le puso el nombre de América a todo un continente no sólo fue por la fortuna en Europa de las cuarenta páginas de las dos cartas, *Mundus Novus* y *Quatuor Navigationes*¹⁸ de un supuesto navegante de apellido Vespucci, sino por el mérito de haberlas escrito bien, con unas palabras que debieron saberle incluso a gloria a Américo.

¹⁸ Tzvetan Todorov nos explicó en un artículo suyo publicado en las páginas culturales de «La República» el 22-23 de diciembre de 1991, por qué habíamos adoptado el nombre de América para nuevo continente y con tanta fortuna.